

## SANTIAGO ROJAS, el “hacedor”

Jesús Orlando  
Morales Henao

¿Su sobresaliente y particular poder de creación fue gratuito, un azar histórico? Desde luego que no. El pasado artístico de su familia despoja de piso una suposición de ese orden.



Fotografía: Patricia Rojas

**H**a pasado la procesión, la multitud comienza a dispersarse y desalojar las calles; en la gran cantidad de cosas que su paso ha dejado sobre el piso, captura su atención un fragmento de la corona de una de las vírgenes. Con la paciencia que lo caracteriza, Santiago se agacha y lo recoge; todavía no sabe exactamente lo que hará con él, pero de lo que sí está seguro es de que en su mente ha comenzado a formarse una idea que le garantizará destinarlo al lugar más propicio de su obra interminable: la casa, **su casa**.



Fotografía: Patricia Rojas

Escenas semejantes se repitieron innumerables veces en la vida de este artista excéntrico. **Todos y cada uno de los objetos que constituyen su casa y que la pueblan, tuvieron un origen semejante** en su selección e inclusión en ella, previo a menudo un tratamiento de lo encontrado en bruto. Ese proceso tan personal de escogencia, trabajo e inserción definitiva, es la primera causa del carácter único de la casa, y causa obvia. Los corozos, convertidos en círculos

concéntricos; los fragmentos de vidrio que entraron a formar parte de una columna, de su luz y textura; los pedazos de vajillas rotas que le dieron a un piso su color y profundidad.

Cada uno de los objetos que pasaron por las manos del “hacedor” –como a él le gustaba que le dijeran–, se iba convirtiendo por la magia de su poder creador en arte **acumulable** (luego explicaremos este concepto), en partes o momentos de una obra de arte en proceso.



Fotografía: Patricia Rojas



Fotografía: Patricia Rojas

**¿Su sobresaliente y particular poder de creación fue gratuito, un azar histórico?**

Desde luego que no. El pasado artístico de su familia despoja de piso una suposición de ese orden. Andrés Rojas, su bisabuelo, fue uno de los grandes imagineros que tuvo Envigado -como lo señalamos anteriormente (Ver *Escritos desde la Sala* N° 17, julio de 2008)-; Francisco Eladio, el abuelo, es reconocido como el mejor tallador de crucifijos en madera en la historia del arte imaginero en Envigado; Francisco, su hermano, hizo de la escultura el quehacer central de su oficio artístico, aunque se pensionó como parte del equipo de restauradores del Museo El Louvre, de por sí un dato muy significativo de conocimiento y capacidad. Santiago, en cambio, empapado desde la infancia de todo ese quehacer de sus mayores, derivó de una manera “natural” hacia una obra propia, diferente y personal. No fue

en particular tallador, escultor, pintor, dibujante, acuarelista, fotógrafo o vitralista. Pero se podría decir que fue todo eso y más, “más” que es el sumando o destilación manifiesta en el lenguaje total materializado en la construcción de una casa que es arte y, a la vez, arte único, sin vecindad alguna con cualquier otra casa u obra de arte. Incrustada en ella, **todo objeto o fragmento de algo se transmutaba en arte** por el crisol del conjunto del que entraba a hacer parte y al que enriquecía.

Recurramos a una segunda ilustración para entender mejor esto. Si de caminata con algún amigo se topaba con unos listones de madera –de aquellos que sirvieron como polines para la carrilera del tren del Ferrocarril de Amagá–, el amigo solo veía unos pedazos de madera vieja sin ninguna utilidad posible, a excepción, tal vez, de servirse de ellos como



Fotografía: Fabián Rojas.



Corozos, pedazos de vidrio o vajillas rotas: todo objeto o fragmento de algo se transmutaba en arte.

combustible para un fogón de leña. **Santiago veía otra cosa en aquel viejo leño:** su ser original oculto por el paso del tiempo y sus posibilidades como parte de “la casa”, **su casa**. Pensaba, imaginaba. Con una paciencia “benedictina”, cepillo de alambre en mano, y como si lo acariciara, iba retirando el polvo y la suciedad acumulada durante años sobre el madero. Poco a poco la transformación iba operándose: reaparecían sus aristas y texturas originales. Ese listón viejo y maltratado iba transformándose en un bello madero pletórico de vitalidad. El color natural hacía su reaparición, afloraban las vetas de la especie vegetal de la cual hizo parte, y hasta el agradable y acariciante olor de su interior volvían a manifestarse. Entretanto, su destino final ya había sido decidido: un lugar del piso, de una pared, del marco de una ventana, de la cabecera o el pie de la cama donde finalmente sería ubicado, y al que transformaría haciéndolo más notorio, bello y agradable a la vista.

Muy temprano en su vida irrumpió el sueño de poseer la casa de su abuelo, una modesta vivienda del barrio El Guáimaro, en Envigado, para transformarla a su antojo y darle el carácter que comenzaba a imaginar. Fue largo el camino recorrido para iniciar la materialización de su sueño.

Durante un tiempo prolongado se radicó en lo Estados Unidos, donde ejerció varios oficios. Con posterioridad viajó a Venezuela, y luego de permanecer allí diez años, trabajando en lo que se le presentara, decide regresar a su tierra, donde había nacido el 2 de julio de 1954.

El primer paso fue la compra de la antigua casa, símbolo del bloque de mármol o la roca que esculpiría. De entrada, una diferencia notable con el escultor común: ese bloque estaba destinado a albergarlo, sería su hogar. Y como su idea no ha sido nunca la de tierra arrasada como punto de partida, tal y cual ocurre en el Envigado de hoy, **su primera determinación fue la de respetar todo lo posible la arquitectura anterior**, y en muchos casos vincular esos elementos que lo precedieron como protagonistas de su proyecto: conservó la tapia antigua de la izquierda, entrando por la calle principal: abrió en ella un nicho donde se conservarían algunos objetos que pertenecieron a su abuelo Francisco Eladio, incluyendo la botella de vino que se estaba tomando en el momento de su muerte en 1954.

Del mundo natural fueron aliados preferidos suyos la piedra y la madera: "Para mí las rocas viven y me cuentan historias que trato de recoger de alguna manera". A su vez, la hermandad con la madera fue de toda la vida, le venía de sus antepasados que la conocieron como pocos y se sirvieron de ella para sus tallas. Así, desde esos recursos naturales ofrecidos por el medio, incluyendo lo recuperado en chatarrerías, almacenes de antigüedades y demoliciones, y bajo la necesidad de dar respuesta a las demandas de la vida cotidiana, la casa fue haciéndose a su cuerpo particular. Las deficiencias de una cama adquirida en una ebanistería, dio paso al propósito de construir una "que no se volviera a desbaratar jamás", como le prometió a Gloria, su esposa. Hizo de piedra su armazón,

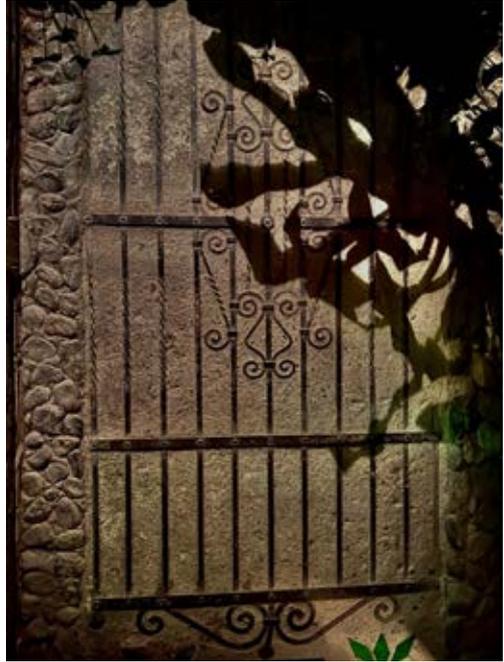
pero de tal manera que fuera posible en ella el disfrute de todo el confort moderno. La cama dio paso más tarde a una bañera construida en canto rodado pequeño semejando el lecho de una quebrada en miniatura. A la piedra le hacen compañía la guadua, con sus formas y texturas tan sugerentes de vida natural; el tejido en nylon que forma una red de pesca, para recordarnos una de nuestras formas de supervivencia en el pasado; el vidrio, con sus insinuantes transparencias de luz y color, o cuescos de diferentes materiales, cumpliendo cada uno una función decorativa o funcional específica.



Cada objeto, una hermandad con los materiales, con el relieve, el gesto, el arañazo, es la fragmentación del tiempo en la materia. Fotografía: Fabián Rojas.

**Ningún lugar de la casa se ha descuidado y dejado sin intervención.**

Techos, paredes, pisos, barandales, puertas, ventanas y pilastras han sido cuidadosamente trabajados. De hecho, todos estos componentes han conocido diversas intervenciones a lo largo de los años. La cama de una de sus hijas fue elaborada con polines (traviesa de ferrocarril) sometidos a un proceso de quemado parcial; utilizó como amarre tornillos en chatarrerías de segunda, y el acabado final apunta a resaltar la textura natural de la madera, vínculo con el mundo natural que quiere resaltar cada lugar de la casa. La mesa de centro de la sala principal fue creada a partir de una antigua piedra de moler (donde se cascaba el maíz para el consumo diario), conservada en alguna de las casas familiares del artista, y el soporte es una estructura de hierro forjado que perteneció a la reja de un parque.



Fotografía: Fabián Rojas.



Una reja que perteneció a un parque, un barandal, un techo. Elementos cuidadosamente intervenidos.  
Fotografía: Patricia Rojas.



Fotografía: Patricia Rojas.

La Fuente de la Virgen –que llamaremos así para diferenciarla de los otros manantiales que en la casa no son presididos por ese icono religioso–, ha sido realizada en forma de cascada y su componente principal es el canto rodado de pequeño formato. La fuente desciende desde el segundo piso en forma de espiral, hasta desembocar en el comienzo del corredor principal del primer piso. El inicio de la caída del agua lo preside una imagen de la Virgen del Carmen de 50 centímetros de altura, rescatada de una casa en demolición. Bombillos de colores acompañan el recorrido del agua y su cauce es flanqueado por objetos alusivos al agua como fuentes, caracoles o gárgolas de figura animal.

Recordamos con nostalgia el hoy desaparecido “reloj”. En uno de los muros de una de las habitaciones del segundo piso, se encontraba un

ladrillo giratorio que se ocultaba a los ojos del visitante con extraordinario mimetismo. Ante la extrañeza del curioso porque aquel muro fuera llamado “el reloj de la casa”, Santiago giraba un poco uno de aquellos ladrillos para crear de esa manera un ventanuco por el que se veía el reloj de la Iglesia de San José. Hablamos en pasado, “giraba”, porque hubo un momento en que alguna torre de apartamentos eliminó para siempre aquel reloj “natural”.

### **Su casa, su obra, por diseño de la naturaleza creadora de Santiago,**

vale decir de su talante artístico, fue obra abierta a la evolución, a transformaciones, replanteamientos y búsquedas constantes. Huía de la repetición, de la fórmula, de esquemas inamovibles, para él eso sería la negación de lo esencial del arte: su condición viva, móvil, libre de recetas. Era tanta esta voluntad renovadora, que abarcaba a los demás: le daba espacio en su pensamiento a la sugerencia inteligente de colaboradores, amigos y hasta de visitantes. Naturalmente, una obra así concebida y asumida, estaba destinada a no terminarse nunca: **“Creo que nunca acabaré de hacerla”**, repetía. “Soy incapaz de repetirme, de caer en la comodidad fácil de la receta”, agregaba. Por eso en su conjunto, tanto como en sus componentes particulares y detalles, la casa es susceptible de interpretaciones diversas. Es viable contemplarla como momentos móviles de la materia, de la forma,

del signo, del gesto, del surco, de la hendidura, del relieve, del araño, es la fragmentación del tiempo en la materia.

Una determinación creadora de esa naturaleza, tan marcada por lo emotivo, por la inspiración de momento, por la voluntad de experimentación, de búsqueda, no se podía ajustar a horarios estrictos, a cronogramas rígidos de trabajo. Prefería, en general, trabajar en las tardes. La noche era territorio de la conversación y de “el aguardiente de espumillas irisadas”, como lo cantó “Míster Grey, el de la taheña barba”. Entonces, cuando la palabra se tocaba de ánimo y poder ilusionista, de imaginar algo por agregar a su obra, su casa, más parecía un encantador que de una lámpara mágica de las Mil

y Una Noches, extrajera ante su auditorio embelesado, la prefiguración de ese “algo” antes de materializarlo en cosa, en hecho tangible, visible, tocable y sobre todo admirable.

La clave, como este texto ha querido sugerir, se encuentra sin duda, además de su talento artístico innato, en **La libertad espiritual con que asumió Santiago su quehacer**, en la tranquilidad de alma que lo acompañaba, para empezar, su marginalidad respecto de la búsqueda de toda figuración mediática, de toda ambición de reconocimiento social en el medio artístico. “Hacer el trabajo por el trabajo mismo”, insistía. Ese culto al trabajo creador como centro único de sus aspiraciones, lo vinculaba en profundidad con su abuelo Francisco Eladio, que nunca firmó sus obras, y con los anónimos escultores de la Edad Media que, como es sabido, jamás firmaron los relieves, bajorrelieves y esculturas de las catedrales, y su indudable fe religiosa con la de aquellos remotos artistas y la de sus antepasados familiares: para todos ellos trabajar en lo suyo era conversar con Dios.



La libertad espiritual con que asumió su quehacer. Para Santiago, como para los escultores anónimos de la Edad Media, “trabajar en lo suyo era conversar con Dios”.

Por eso nos parece más que pertinente cerrar este homenaje a Santiago Rojas, que hace poco nos dejó, con este poema de San Agustín:

*¿Qué espectáculo mayor o más prodigioso hay, o donde la razón humana puede entrar mejor en diálogo con la naturaleza de las cosas, sino cuando se han sembrado semillas, se han plantado brotes, se han puesto esquejes, se han hecho injertos? Es como si uno preguntara a cada raíz y a cada semilla, a ver qué puede hacer y qué no; de dónde saca el poder para hacerlo, o por qué no lo puede hacer, qué ayuda recibe de su propio poder interior, y qué de la ayuda y diligencia exterior. Y en este diálogo llegaremos a comprender que el uno sin el otro no son nada, sino que es Dios quien da el aumento. Pues el trabajo que se aplica exteriormente sólo es fecundo por la acción de aquel que creó, gobernó y ordenó todo desde dentro.*



Fotografía: Fabián Rojas.

## Jesús Orlando Morales Henao

Medellín, 1952. Maestro en Artes Plásticas de la UNAL de Colombia, sede Medellín. Director de la Muestra Mundial de Caricatura Valle de Aburrá. Jurado de bienales de humorismo gráfico en Cuba, México y Argentina. Ha realizado varias exposiciones individuales y colectivas de su obra en diferentes centros culturales y artísticos de Medellín. Autor de comentarios sobre arte en periódicos como El Mundo y El Colombiano, así como en Escritos desde la Sala y en numerosos catálogos.